

LA GITANILLA - MIGUEL DE CERVANTES

Parece que los gitanos y gitanas nacieron para ser ladrones: nacen de padres ladrones, se educan con ladrones, estudian para ladrones y, por fin, logran ser ladrones cuando tienen ocasión; y la gana de robar y el mismo robar son inseparables de ellos, de tal forma que no los dejan más que con la muerte. Una gitana vieja, maestra en el arte de robar, crio a una muchacha como si fuera nieta suya. Le puso el nombre de Preciosa y le enseñó todas sus gitanerías, embustes y artes del hurtar. Salió Preciosa la mejor bailadora de todos los gitanos y la más hermosa y discreta entre ellos y entre todo el mundo. Ni los soles ni los aires ni las inclemencias del tiempo pudieron quitarle la blancura de la cara ni curtir sus manos; y más aún, a pesar del mal ambiente en el que se criaba, ella no parecía gitana porque era muy educada y hablaba y razonaba muy bien. Es verdad que era un poco atrevida, desenvuelta, pero muy honesta, de tal modo que ni las gitanas se atrevían a cantar delante de ella canciones groseras ni a decir tacos. La abuela se dio cuenta del tesoro que tenía en la nieta y decidió enseñarle a vivir por su cuenta. Preciosa aprendió un montón de cancioncillas, coplas y romances, que cantaba con una gracia especial, porque su astuta abuela sabía muy bien que tales cantos con la mucha belleza y los pocos años de su nieta iban a ser un anzuelo para aumentar el dinero que guardaba; de tal forma que se espabiló para encontrar poetas que le escribieran esos poemillas para que su nieta los cantase, y no le fue difícil porque el hambre de algunos de ellos le ayudó.

Se crio Preciosa en diversas partes de Castilla, y cuando tenía quince años, su abuela la llevó a Madrid, a la corte. Los gitanos acampaban en los campos de Santa Bárbara, al norte de la ciudad, porque sabían bien que en la corte todo se compra y todo se vende. Entró en Madrid el día de santa Ana, patrona de la ciudad, y lo hizo bailando con otras gitanas; iban ocho, cuatro ancianas y cuatro jóvenes, y un gitano, un gran bailarín, que las guiaba. Y aunque todas iban limpias y bien vestidas, Preciosa destacaba entre ellas, y todos los ojos la seguían a ella. ¡Y no digamos cuando, además de bailar, cantó! Ahí sí que corrió por todas partes la fama de la gracia de la gitanilla. Delante de la imagen de santa Ana, en la iglesia de Santa María, bailaron las gitanas, y después, Preciosa cantó un romance a la santa. Lo hizo tan bien que unos decían:

— ¡Que Dios bendiga a la muchacha! Y otros: — ¡Lástima que esa mozuela sea gitana! ¡Merecería ser hija de un gran señor! E incluso se atrevían a decir:

— Dejen que crezca esa gitanilla y verán cuántos corazones va a pescar. Todo el mundo comentaba lo hermosa que era, lo bien que bailaba, la gracia que tenía.

A los quince días volvió Preciosa a Madrid con otras tres gitanillas, con bailes y cantos nuevos. Nunca se apartaba de ella la gitana vieja, que andaba siempre vigilándola. Se pusieron a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y enseguida se hizo a su alrededor un gran corro. Mientras bailaban, la vieja pedía limosa, y llovían las monedas porque la hermosura también tiene fuerza para despertar la caridad dormida. Al acabar el baile, dijo Preciosa: — Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo, que habla de cuando en Valladolid la reina Margarita fue a misa a San Lorenzo para dar las gracias a Dios por haber dado a luz al príncipe Felipe. Casi todos los que estaban en el corro le dijeron a gritos:

—¡Cántalo, Preciosa! ¡Aquí van mis cuatro cuartos! Y cayeron los cuartos como granizo, de tal manera que la vieja no daba abasto a cogerlos. Luego Preciosa, acompañándose de unas sonajas, cantó el romance prometido: Salió a misa de parida la mayor reina de Europa, en el valor y en el nombre rica y admirada joya. Más de doscientas personas la estuvieron escuchando y al final, como una sola voz, dijeron todos: —¡Vuelve a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos para que lo hagas! Mientras la gitanilla cantaba, pasó por allí uno de los tenientes de alcalde de Madrid y, al ver tanta gente junta, preguntó qué pasaba, y le respondieron que estaban escuchando a la gitanilla hermosa que cantaba. Se acercó el teniente, que era curioso, y escuchó un rato sin atreverse a quedarse hasta el final del romance porque no le parecía que fuese adecuado a su cargo. Pero, como le gustó mucho oírla, mandó a un paje suyo para que dijera a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas porque quería que su mujer, doña Clara, las oyera cantar. El paje hizo lo que le mandó su señor, y la gitana vieja le dijo que sí irían. Acabaron el baile y el canto, y se fueron a otra parte. Y en esto se acercó a Preciosa un paje muy bien vestido y, dándole un papel doblado, le dijo: —Preciosica, canta el romance que aquí va porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando para que seas la más famosa romancera del mundo. —Lo aprenderé de muy buena gana —respondió Preciosa—, y no deje, señor, de darme los romances que dice, siempre que sean honestos. Y si quiere que se los pague, lo haré por docenas: a docena cantada, docena pagada, ¡no imagine que voy a pagarle por adelantado! —Si me das para papel, Preciosa, estaré contento —dijo el paje—. Y si algún romance no me sale bien, no entra en la cuenta. Las gitanas se fueron calle adelante, y desde una reja unos caballeros las llamaron. Se asomó Preciosa a la reja, que era baja, y vio en una sala bien puesta y muy fresca unos caballeros que se entretenían, unos paseando y charlando, y otros jugando a diversos juegos.

—Entren, entren las gitanillas —le dijeron unos caballeros, que ya sabían lo bien que bailaban. —Si tú quieres entrar, Preciosa —le dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra en hora buena; que yo no pienso ir donde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina —respondió Preciosa—, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos. Y ten en cuenta, Cristinica, una cosa: que la mujer que quiere ser honrada puede serlo aunque esté en medio de un ejército de soldados. Es cierto que es bueno huir de las ocasiones, pero ha de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa —dijo Cristina—, que tú sabes más que un sabio. Nada más entrar Preciosa, un caballero vio el papel que guardaba junto al escote del vestido y, acercándose a ella, se lo cogió. La gitanilla protestó diciéndole: —No me lo quite, señor; que es un romance que me acaban de dar y todavía no lo he leído. —¿Y sabes tú leer, hija? —preguntó otro caballero.

—Y escribir —contestó la vieja—; que a mi nieta la he educado yo como si fuera hija de hombre de letras. Abrió el caballero el papel y vio que venía dentro de él un escudo de oro y le dijo:

—¡Preciosa, esta carta trae el pago del porte dentro! Toma este escudo que viene con el romance.

—¡Me ha tratado de pobre el poeta! —dijo la gitanilla—. Pues es más milagroso que un poeta me dé un escudo que yo cogerlo. Si vienen así acompañados, puede copiarme todos los romances del Romancero general, y enviármelos uno a uno; que yo que les tomaré el pulso, y si vienen duros, seré yo blanda para recibirlos. Lea, señor, lea en voz alta el poema y veremos si el poeta es tan bueno como generoso. Y el caballero empezó a leer:

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes;
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa.

Y terminó así:

Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe
el que por ti muere y vive,
pobre, aunque humilde amator.

—En «pobre» acaba el último verso —dijo entonces Preciosa—, ¡mala señal! Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque me parece a mí que, al comienzo, la pobreza es muy enemiga del amor. —¿Quién te enseña eso, muchacha? —le preguntó uno de los caballeros. —¿Quién me lo ha de enseñar? —respondió Preciosa—. ¿No tengo yo alma? ¿No tengo ya quince años? Y no soy boba. Las gitanas aprenden antes que las demás gentes. No hay gitano tonto, ni gitana boba, porque para vivir tienen que espabilarse. Los caballeros quedaron asombrados del ingenio y de la sensatez de Preciosa, y todos dieron dinero a la vieja, que recogió a sus gitanillas y se fue con ellas a casa del teniente de alcalde diciendo a aquellos señores que otro día volverían.

Doña Clara, que sabía de su visita, las estaba esperando acompañada de una señora vecina suya y de sus criadas. Nada más entrar las gitanas en la casa, todo el mundo miró solo a Preciosa, que brillaba entre ellas como la luz de una antorcha. Y la dama, admirada de su belleza, decía:

—¡Este sí que puede llamarse cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeralda! La señora vecina suya exclamó al ver un hoyito que Preciosa tenía en la barba:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar los ojos que la miren.

Un viejo criado de la casa, de barba blanca y muchos años, que lo oyó, dijo: —¿A ese lo llamáis hoyo, señora? Pues yo sé poco de hoyos o ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos. ¡Por Dios, qué linda es la gitanilla! ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

—De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

—¡Por vida de mi marido, que me la has de decir, niña de plata y niña de perlas y niña del cielo, que ya no puedo decir más! —le pidió doña Clara.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña —dijo la vieja— y algo para que les haga la cruz y verán cuántas cosas les dice, porque sabe más que un médico. Metió la mano en el bolsillo la señora teniente y vio que no tenía moneda alguna. Pidió a sus criadas, y tampoco tenían nada, y le pasó lo mismo a la señora vecina. Ni el viejo criado, Contreras, tenía ningún cuarto para dar a la gitanilla. Entonces a una de las criadas se le ocurrió preguntar a Preciosa:

—Niña, ¿se puede hacer la cruz con un dedal de plata?

—Con dedales de plata, si son muchos, se hacen las cruces mejores del mundo —le contestó ella.

—Solo tengo uno —dijo la doncella—, pero si este basta, aquí lo tienes siempre que me digas también a mí la buenaventura. —¡Por un solo dedal tantas buenasaventuras! —dijo la gitana vieja—. ¡Nieta, acaba pronto, que se hace de noche! Preciosa cogió el dedal y con él hizo la cruz en la mano de la señora Clara. y le dijo: Hermosita, hermosa, la de las manos de plata, más te quiere tu marido que el rey de las Alpujarras.

Se despidieron las gitanas, y al irse, dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buenaventura o devuélveme mi dedal, que no me queda con qué coser. — Señora doncella —respondió Preciosa—, imagínese que se la he dicho y busque otro dedal o no cosa hasta el viernes, que yo volveré a venir y le diré más venturas y aventuras que tiene un libro de caballerías. Y se marcharon a su campamento a las afueras de Madrid.

Un día por la mañana que volvían la vieja y su nieta a la ciudad con las demás gitanillas, en un valle pequeño antes de entrar a la villa, vieron a guapo joven, muy bien vestido, con traje de camino. Llevaba espada y daga, tan brillantes como ascuas de oro, y un sombrero con plumas de varios colores. Las gitanas, asombradas de encontrar solo y a pie a tan guapo joven en tal lugar y a tal hora, lo miraron de arriba abajo. Él se acercó a ellas y le dijo a la vieja gitana:

—Amiga, por vida vuestra, os ruego que vos y Preciosa queráis oírme aparte dos palabras, que os benefician mucho. —Si no nos apartamos mucho y no tardamos mucho, sea en buena hora —respondió la vieja. Ella y Preciosa se apartaron unos pasos de las demás gitanillas y escucharon lo que el joven les dijo: —Yo estoy tan rendido a la belleza y discreción de Preciosa, que después de haber intentado olvidarla y evitar hacer lo que hago, no he logrado más que estar más rendido a ella y ser incapaz de dejar de hacerlo. Yo, señoras mías, soy un caballero, soy hijo único de Fulano (y aquí no se dice aún el nombre por respeto) y heredero suyo. Él ha venido a la corte a pretender un cargo, y están a punto de dárselo. »Y con ser de tal familia como os digo, me gustaría ser un gran señor para levantar hasta mi grandeza a la humildad de Preciosa haciéndola mi igual y mi señora. Yo no declaro mi amor para engañarla, sino sólo para servirla del modo que ella quiera: su voluntad es la mía. Mi nombre es tal —y se lo dijo—. La casa donde vive mi padre está en tal calle y tiene tales señas. Os podréis informar de quién es por los vecinos y aun de los que no son vecinos, porque su nombre y el mío son conocidos por toda la corte. Traigo aquí cien escudos de oro para dároslos como paga y señal de lo que pienso daros en el futuro porque quien entrega el alma no debe negar la hacienda. Mientras el caballero decía esto, Preciosa lo miraba atentamente, y no le debieron parecer mal ni sus palabras ni su aspecto. Volviéndose a la vieja, le dijo: —Perdóneme, abuela, de que me tomo el permiso de responder a este señor tan enamorado. —Responde lo que quieras, nieta —dijo la vieja—, que yo sé que eres discreta. Y Preciosa dijo: —Yo, señor caballero, aunque soy gitana pobre, tengo dentro un cierto espiritillo fantástico que me lleva a grandes cosas. A mí no me mueven promesas, ni me vencen regalos; y aunque tengo solo quince años (dice mi abuela que los cumplo el próximo día de san Miguel), soy ya vieja en el pensar y me doy cuenta de más de lo que mi edad promete. Sé muy bien que las pasiones amorosas en los recién enamorados sacan a la voluntad de su lugar, y esta se lanza

tras su deseo y, creyendo conseguir la gloria, luego se encuentra en el infierno de su pesar. Si alcanza lo que desea, disminuye el deseo y puede llegar a aborrecer lo que antes adoraba. Este miedo me lleva a ser muy prudente, y a no creer ninguna palabra y a dudar de otras muchas. »Si vos, señor, solo queréis poseer mi joya que es la virginidad, no la vais a conseguir más que con los lazos del matrimonio. Si quisierais ser mi esposo, yo lo seré vuestra, pero antes voy a poner mis condiciones e investigar si lo que me habéis dicho es cierto. Si sois el que decís y queréis casaros conmigo, primero tenéis que dejar la casa de vuestros padres, vestiros de gitano y pasar dos años en nuestros campamentos; así en ese tiempo veré yo vuestra forma de ser, y vos la mía. Después, si os sigo gustando, y vos a mí, seré vuestra esposa; pero hasta entonces seremos como hermanos. Y si en ese tiempo, recobráis la vista que ahora habéis perdido o tenéis turbada, y os dais cuenta de que es mejor huir de lo que ahora con tanta insistencia seguís, podréis hacerlo con toda libertad. Si con estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, está en vuestra mano.

Al oír estas palabras de Preciosa, el joven se quedó pensativo, mirando el suelo, dando vueltas a lo que debía contestarle. Al verlo así, la gitanilla le dijo:

—No es un asunto tan ligero que pueda resolverse ahora mismo. Volved, señor, a la ciudad y reflexionad despacio sobre lo que os conviene, y en este mismo lugar me podéis hablar cualquier día festivo al ir o venir de Madrid.

Pero el caballero le contestó: —Cuando el cielo quiso que me enamorara de ti, Preciosa, determiné hacer todo lo que me pidieses, aunque nunca se me ocurrió que me ibas a pedir lo que has hecho. Pero, pues así lo quieres, tenme ya por gitano y haz todas las averiguaciones necesarias, que siempre encontrarás que te he dicho la verdad. »Dime cuándo quieres que cambie mi traje, aunque yo desearía que fuera en este momento. Les diré a mis padres que voy a Flandes, sacaré dineros para el viaje, y en ocho días podré resolverlo todo. Lo que te pido, si puedo ya atreverme a rogarte algo, es que, después de informarte de mis padres y de mí, ya no vuelvas más a Madrid, porque hay muchos peligros en la corte y no quisiera que se me fuera la felicidad que tanto me cuesta.

—Eso no, caballero —respondió Preciosa—. Sepa que los celos no pueden turbar la libertad, y yo sabré muy bien mostrar desde lejos mi honestidad. Lo primero que os pido es que tengáis confianza en mí. —¡Mira que dices cosas que no las diría un estudiante de Salamanca! —exclamó la gitana vieja—. Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas, ¿cómo sabes tú tanto? —Calle, abuela —respondió Preciosa—, que todo esto es nada para lo que guardo en el pecho.

Quedaron, pues, de acuerdo en que de allí a ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él les contaría cómo andaban sus preparativos, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad de lo que les había dicho. Sacó el joven una bolsa de brocado en donde dijo que iban cien escudos de oro y se los dio a la vieja. Preciosa no quería de ninguna manera que los cogiera la gitana, pero ella le dijo: —Calla, niña; que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido es haber entregado las armas, y el dar siempre fue indicio de pecho generoso. No quiero además que por mi culpa pierdan las gitanas la fama de avariciosas y aprovechadas que tienen. ¿Cien escudos quieres tú que yo rechace, Preciosa?, ¿cien escudos de oro, que pueden andar cosidos en el dobladillo de una falda que no valga dos reales y tenerlos allí como garantía? Y si alguno de nuestros hijos, nietos o parientes cayere, por alguna desgracia, en manos de la justicia, ¿habrá

nada tan bueno que llegue a las orejas del juez como estos escudos si llegan a su bolsa? Tres veces, por delitos diversos, he estado a punto de ser azotada, y una vez me libró un jarro de plata; otra, una sarta de perlas, y la tercera, cuarenta reales. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso, y no hay mejor defensa que un doblón de dos caras. Y además los ministros de la justicia siempre están dispuestos a desollarnos a nosotras, las pobres gitanas, porque, por más rotas y desastradas que nos vean, nunca nos tienen por pobres. —Por vida suya, abuela, no me diga más. Quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y quiera Dios que los entierre en sepultura en donde no vuelvan a ver la claridad del sol ni haya necesidad de que la vean. Pero tendremos que darles algo a nuestras 24 compañeras, porque hace mucho rato que nos esperan y deben de estar ya enfadadas. —¡Así van a ver ellas —replicó la vieja— moneda de estas como ven ahora al Turco! Este caballero verá si le ha quedado alguna moneda de plata o algunos cuartos y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas. —Sí tengo —dijo el joven. Y sacó del bolsillo tres reales que dio a las tres gitanillas, con que quedaron más alegres que un empresario teatral cuando le aplauden la comedia. En suma, decidieron, como se ha dicho, que volverían a encontrarse dentro de ocho días en ese mismo lugar, y que el joven, cuando fuera gitano, se llamaría Andrés Caballero, porque había gitanos de ese apellido. No se atrevió Andrés (que así le llamaremos de aquí en adelante) a abrazar a Preciosa, pero le mandó en su mirada el alma. Y sin ella, las dejó y entró en Madrid. Ellas, contentísimas, hicieron lo mismo. Preciosa, ya algo aficionada al apuesto joven, estaba deseando informarse si era quien él había dicho. Ya en Madrid, a pocas calles andadas, se encontró con el paje, el poeta de las coplas y el escudo. Y cuando él la vio, se le acercó y le dijo: —Bienvenida, Preciosa. ¿Leíste las coplas que te di el otro día? Preciosa, antes de contestarle, quiso saber si de verdad era poeta, y el paje le confesó que solo era un aficionado a la poesía. Y también le preguntó si todos los poetas eran pobres, como había oído decir. El paje le contestó a esto: —Al revés, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, cosa que solo logran muy pocos. Pero ¿por qué se te ha ocurrido hacerme estas preguntas? —Como tengo yo a la mayoría de poetas por pobres —le contestó Preciosa—, me quedé maravillada al ver el escudo de oro que me disteis envuelto en vuestro poema. Pero ahora que sé que no sois poeta, sino aficionado a la poesía, podría ser que fuerais rico, aunque me extrañaría porque no hay persona que haga coplas que sepa conservar lo que tiene. —Pues no soy de esos —replicó el paje—, porque no soy ni rico ni pobre y hago versos, y bien puedo dar un escudo y dos a quien quiera. Toma, Preciosa, este segundo papel y este escudo segundo sin que te quedes pensando si soy o no poeta. Solo quiero que pienses que quien te da esto querría ser más rico que Midas para regalarte todas las riquezas del mundo. Preciosa tomó el papel y, al tocarlo, vio que llevaba dentro, en efecto, otro escudo y le dijo: —Sepa, señor paje, que si no saca el escudo, no voy a coger su poema; que por poeta le quiero y no por generoso con su dinero, y así tendremos amistad que dure, porque es más fácil que se quede sin escudos que sin versos. —Pues si quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, devuélveme el escudo y, bastará que lo toques con la mano, para que yo lo tenga como reliquia toda la vida. Sacó Preciosa el escudo del papel y se quedó con este y no quiso leerlo en la calle.

El paje se despidió muy contento, convencido de que tenía conquistada a la bella gitanilla. Ella lo que quería era buscar la calle donde vivía el padre de Andrés sin pararse a bailar en parte alguna. Enseguida la encontró, y andando hasta la mitad de ella, alzó la mirada hasta unos balcones de hierro dorados que le habían dado como señal de la casa, y vio en uno de ellos a un elegante caballero de unos cincuenta años, de respetable presencia. Cuando él vio a las gitanillas les dijo: —Subid, niñas, que aquí os darán limosna. Se asomaron entonces otros tres caballeros, y entre ellos acudió el enamorado Andrés, que, al ver a Preciosa, se quedó pálido y estuvo a punto de desmayarse. Subieron todas las gitanillas, y la vieja se quedó abajo para preguntar a

los criados y saber si era verdad lo que les había dicho Andrés. Al entrar las gitanillas en la sala, el caballero decía a los demás: —Esta debe de ser, sin duda, la gitanilla hermosa que dicen que anda por Madrid. —Ella es —añadió Andrés—, y sin duda es la más hermosa criatura que nunca se ha visto. —Se engañan —dijo Preciosa, que lo oyó todo—, porque bonita creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ¡ni hablar! —¡Por vida de don Juanico, mi hijo —dijo el caballero—, que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana! —¿Y quién es don Juanico, su hijo? —preguntó Preciosa. —Ese joven que está a vuestro lado —respondió el caballero. —¡Y yo que pensé que jurabais vos por un niño de dos años! ¡Mirad qué don Juanico! ¡Si pudiera estar ya casado! Y según las rayas que tiene en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy a su gusto, si no cambia todo. —¿Qué sabe de rayas la gitanilla? —preguntó otro de los caballeros.

Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino —contestó Preciosa—. Yo sé del señor don Juanico que es algo enamorado, impetuoso y que promete muchas cosas que parecen imposibles. ¡Quiera Dios que no sea mentirosillo!, que sería lo peor de todo. Tiene ahora que hacer un viaje lejos de aquí; y como el hombre propone, y Dios dispone, quizá pensará que va a un sitio e irá a otro.

A esto respondió don Juan: —Es verdad, gitánica, que has acertado en muchas cosas de mi forma de ser; pero en lo de ser mentiroso te equivocas, porque me gusta decir siempre la verdad. En lo del viaje largo has dado en el clavo, porque dentro de cuatro o cinco días me marcho a Flandes, aunque tú pareces amenazarme con que he de cambiar el camino, y no querría yo que me sucediera nada que me impidiera seguirlo.

—Calle, señorito —respondió Preciosa—, y ruegue a Dios, que todo se hará bien. Sepa que yo no sé nada de lo que digo, pero no es raro que, como hablo mucho y a bulto, acierte en algo. »Y yo quisiera acertar en convencerte de que no te vayas, sino que te sosiegues y te quedes con tus padres para darles buena vejez, porque no me parecen bien estas idas y venidas a Flandes en mozos tan jóvenes como tú. Déjate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, aunque harta guerra tienes en tu casa, ¡muchos combates amorosos vives en el pecho!

»Cálmate, cálmate, alborotadito, y mira bien qué haces antes de casarte, y danos una limosnita por amor de Dios y por ser quien tú eres, que de verdad me parece que eres bien nacido. Y si además de esto no eres mentiroso, yo habré acertado en todo lo que he dicho.

—Otra vez te digo, niña —respondió el don Juan que había de ser Andrés Caballero—, que has acertado en todo menos en el miedo de que yo pueda ser mentiroso, que en esto te engañas sin ninguna duda. La palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad y donde sea, pues no es caballero quien cae en el vicio de la mentira.

Subió en esto la gitana vieja y dijo: —Nieta, acaba, que es tarde y hay mucho que hacer y más que decir. Pero el padre de don Juan le dijo a la gitanilla: —Preciosita, antes de iros, bailad un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblón de oro. —Ea, niñas —dijo, al oírlo, la vieja—, ¡a bailar!

Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron sus pasos con tanto donaire y gracia que los ojos de todos se iban tras los pies de las bailarinas, sobre todo los de Andrés, que miraba los de Preciosa como si allí estuviera el centro de su gloria. Pero esta se le convirtió en infierno porque en uno de los movimientos del baile, se le cayó a Preciosa el papel que le había dado el paje. Y uno de los caballeros lo vio y lo recogió del suelo. Al abrirlo, dijo al

momento: —¡Bueno! ¡Poemita tenemos! Pare el baile y escúchenlo, que según el primer verso, no es nada malo. Preciosa intentó que no lo leyera porque, al no haberlo hecho ella antes, no sabía qué decía. Y cuanto más empeño ponía en esto, más ganas tenía Andrés de oírlo. Por fin, el caballero lo leyó en voz alta, y el soneto comenzaba así:

Cuando Preciosa el panderete toca
y hierre el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca.

Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva, y a sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha.

Ciega y alumbra con sus soles bellos,
su imperio Amor por ellas le mantiene,
y aún más grandezas de su ser sospecha.

Al acabar de leerlo, dijo el caballero: —¡Por Dios, que tiene gracia el poeta que lo escribió! —No es poeta, señor —dijo Preciosa—, sino un paje muy galán y muy hombre de bien. (¡Ten cuidado con lo que has dicho, Preciosa, y con lo que vas a decir: que estas no son alabanzas al paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés, que las está escuchando! ¿Lo quieres ver, niña? Pues date la vuelta y lo verás medio desmayado encima de la silla. No pienses, niña, que te quiere tan poco Andrés que no le hiera el menor de tus descuidos. Acércate a él y dile algunas palabras al oído que vayan directas al corazón y le reanimen.) Todo pasó como se acaba de decir: que Andrés, al oír el soneto, estuvo a punto de desmayarse. No llegó a ello, pero sí se puso tan pálido que su padre se dio cuenta y le dijo:

—¿Qué tienes, Juan, que parece que vas a desmayarte con lo pálido que estás? —Espere —dijo en ese momento Preciosa—, déjeme a mí decirle unas palabras al oído y verá cómo no se desmaya. Y se acercó a él y le dijo casi sin mover los labios: —¡Vaya ánimo para querer ser gitano! ¿Cómo podrás, Andrés, soportar tormento alguno si no puedes con el de un papel? Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazón, se apartó de él. Entonces Andrés respiró un poco e hizo ver que las palabras de Preciosa surtían efecto. El padre de Andrés le pidió entonces a Preciosa que le escribiera esas palabras mágicas porque quería saberlas. Ella le contestó que las podía decir en voz alta y que, aunque parecían una broma, iban muy bien para el mal de corazón y los desmayos. Y dijo: Cabecita, cabecita, tente en ti, no te resbales y prepara dos puntales de la paciencia bendita. Y siguió inventando otros graciosos versos, para acabar diciendo:

—Con estas palabras y con seis cruces que le hagan sobre el corazón a la persona que esté a punto de desmayarse, quedará como una manzana. Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada; y mucho más Andrés, que vio que todo era invención de la ingeniosa gitanilla. Se despidieron entonces las gitanas, y al irse, dijo Preciosa a don Juan:

—Mire, señor, cualquier día de esta semana es bueno para marcharse. Váyase lo más pronto que pueda porque le espera una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere adaptarse a ella. Y así se quedó contento el joven. Llegó, en fin, el día en que Andrés Caballero, en mula de alquiler y

sin criado alguno, se reunió con Preciosa y su abuela en el lugar convenido. Él les rogó que le llevaran al campamento enseguida para que no pudieran encontrarle si lo echaban de menos en casa y lo buscaban. Al poco rato llegaron a las barracas. Entró Andrés en la mayor del campamento, y acudieron a verlo diez o doce gitanos, jóvenes y gallardos, a quienes la vieja le había dado cuenta de todo. Le echaron un vistazo a la mula y uno dijo:

—Esta se podrá vender el jueves en Toledo. —Eso no —dijo Andrés—, porque no hay mula de alquiler a la que no reconozcan enseguida. Hay que matarla y enterrarla en un lugar en donde no puedan encontrar sus huesos. No vengo tan desnudo a esta cofradía que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas. Y aunque los gitanos intentaron convencerle de que ellos sabían cambiar su aspecto para que nadie pudiera reconocerla, no lo lograron; y ante el pago, se resignaron a hacer lo que Andrés exigía. Luego tuvo el joven que demostrar que tenía agilidad y aguante superando unas pruebas que los gitanos le hicieron mientras las gitanas, y entre ellas Preciosa, miraban las ceremonias que exigían a Andrés para vivir como gitano.

Todos admiraron la gallardía del joven. Después un gitano viejo le expuso las leyes por las que se regían ellos y le describió su forma de vida. Le entregó a Preciosa por mujer y le dijo que era suya y que nadie se la iba a disputar; pero que él tampoco tenía que mirar a ninguna mujer más, porque ellos vivían sin celos al cumplir la norma a rajatabla. A Preciosa no le gustó lo que le decían a Andrés los gitanos y quiso precisar algunas cosas diciendo:

—Aunque estos señores han decidido que soy tuya, la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, dice que solo lo seré si cumples las condiciones que te puse yo y tú aceptaste. Estos señores pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre y nació libre y ha de ser libre mientras yo quiera. Has de vivir dos años en nuestra compañía; si te quedas, te estimaré mucho, y si te vas, no te tendré en menos porque sé que la fuerza del amor desaparece con el desengaño. Tal vez en dos años esta hermosura que dices que yo tengo te parecerá sombra. Dos años son los que te pido para acceder a lo que estos señores han decidido por su cuenta.

Andrés aceptó con mucho gusto todo lo que le dijo Preciosa porque le pareció muy razonable. Y solo pidió a los gitanos una cosa: que no le obligaran a robar. Al ver que ellos insistían en decirle que aprendería con el tiempo y que le cogería gusto a robar, él les pidió un margen de espera y les dio doscientos escudos de oro para compensar todo lo que él no iba a robar en ese plazo. Los gitanos, al ver el dinero, se pusieron tan contentos que lo levantaron en brazos gritando vivas al gran Andrés y a Preciosa, su amada prenda.

Al día siguiente les rogó Andrés que se cambiaran de sitio y se alejaran de Madrid porque tenía miedo de que lo reconocieran. Como los gitanos ya tenían pensado irse a los montes de Toledo, así lo hicieron. De allí a cuatro días llegaron a una aldea a dos leguas de Toledo, donde asentaron su campamento, después de dar algunos objetos de plata al alcalde como fianza de que no iban a robar nada en todo el término de la ciudad, que era lo que acostumbraban a hacer. Luego se fueron más lejos para ejercer el arte del robo, que tan bien dominaban; y fue con ellos Andrés, pero no solo no aprendía a hacerlo, sino que le dolía tanto ver cómo robaban que una vez pagó él a las víctimas de los robos lo robado, cosa que desesperó a los gitanos. El joven, para evitar estas situaciones, dijo que iría solo a robar, y aunque intentaron convencerle de que era muy peligroso, no lo lograron, porque él pensaba comprar cosas y luego decir que las había robado. Con este procedimiento, en menos de un mes, logró para la compañía de gitanos más provecho que cuatro de los más hábiles ladrones, de forma que todos estaban muy contentos con él. Al mes levantaron el campamento —era ya septiembre— y se fueron a Extremadura por ser tierra rica y caliente.

Preciosa y Andrés se pasaban muchos ratos charlando, y ella poco a poco se iba enamorando de la forma de ser de su discreto enamorado. El amor del joven hacia ella, si hubiera podido crecer, lo hubiese hecho, ¡tan bella, tan prudente, tan honesta era Preciosa! Andrés además corría y saltaba más que nadie, tiraba la barra con mucha fuerza, y jugaba a los bolos y a la pelota muy bien; por todas partes se hablaba de la gallardía y destreza del gitano Andrés, y también de la belleza de la gitanilla. En todos los pueblos los llamaban para que alegraran las fiestas, y de esta manera iban los gitanos contentos, y los enamorados, gozosos solo con mirarse.

Un día que habían puesto el campamento en un lugar apartado del camino principal, entre unas encinas, a mitad de la noche empezaron a ladrar los perros mucho más de lo acostumbrado. Salieron algunos gitanos, y Andrés con ellos, para ver a quién ladraban, y vieron que se defendía de ellos un hombre vestido de blanco, a quien tenían los perros cogidos de una pierna. Se acercaron y lo liberaron, y uno de los gitanos le preguntó:

—¿Quién diablos os trajo por aquí, hombre, a tales horas y tan fuera del camino? ¿Es que venís a robar? Si es así, ¡habéis llegado a buen puerto! —No vengo a robar —respondió el mordido— y no sé si estoy o no fuera del camino, aunque veo que estoy descaminado. Pero decidme, señores, ¿hay por aquí alguna venta donde pueda curarme de las heridas de vuestros perros? —No hay por aquí venta alguna —respondió Andrés—, pero venid con nosotros, a nuestro campamento, donde os curaremos las heridas y os alojaremos esta noche. Aunque somos gitanos, tenemos caridad. Entre Andrés y otro gitano llevaron al herido al campamento, porque le dolía mucho la pierna. Como había luna clara, pudieron ver que el joven era guapo y bien plantado. Lo llevaron a la barraca de Andrés, enseguida encendieron lumbre y luz, y allá fue la vieja gitana a curarle. Frió en aceite algunos pelos de los perros, y después de lavar con vino las mordeduras de la pierna izquierda, se los puso en ella y encima un poco de romero verde mascado; luego le ató el emplasto con paños limpios, le hizo la señal de la cruz sobre las heridas, y le dijo: —Dormid, amigo; que con ayuda de Dios no será nada.

Mientras le curaban, lo estuvo mirando fijamente Preciosa, y el herido hizo lo mismo. Se dio cuenta de ello Andrés, pero creyó que el mozo la miraba por lo hermosa que era. Cuando se marcharon, sin preguntar nada más al caminante para que pudiera descansar, Preciosa le dijo aparte a Andrés: —¿Te acuerdas, Andrés, del papel que se me cayó en tu casa, cuando bailaba con mis compañeras, que te hizo pasar un mal rato? —Claro que me acuerdo, y era un soneto escrito en tu alabanza, y no malo. —Pues el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido por los perros. Y no me engaño porque me había hablado en Madrid dos o tres veces. Allí era paje, pero de los importantes de algún príncipe, y no puedo imaginar qué es lo que le ha traído aquí y en este traje. —¿Qué es lo que no puedes imaginar, Preciosa? —respondió Andrés—. Lo mismo que a mí me ha hecho gitano, a él le ha hecho vestirse de blanco como molinero y venir a buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa!, ¡cómo se va viendo que quieres tener más de un rendido a tus pies! Si es así, acaba primero conmigo y luego ya matarás a este otro, y no quieras hacerlo a los dos de una vez.

—¡Válgame Dios —respondió Preciosa—, Andrés, cómo tienes colgada de un cabello tu esperanza y mi crédito, pues tan fácilmente se te han metido en el alma los celos! Dime, Andrés, si hubiera en esto engaño alguno, ¿no hubiera yo callado en vez de decirte quién era este mozo? Pero si tienes aún dudas, haz que se vaya con cualquier excusa; ningún gitano te discutirá tu decisión pues ya todos te obedecen. Y si quieres que yo no lo vea y no salga de mi cabaña, así lo haré. Mira, Andrés, no me pesa a mí verte celoso, pero sí poco razonable. —Mientras no me

veas loco, Preciosa —respondió Andrés—, todo es poco para que te des cuenta de adónde pueden llegar mis celos. Pero, a pesar de ellos, haré lo que me dices e intentaré averiguar, si es posible, lo que este señor paje poeta quiere, adónde va o qué es lo que está buscando, porque podría ser que, por algún hilo que él me enseñe, yo pueda sacar el ovillo con que temo viene a enredarme.

—Por lo que veo —dijo Preciosa—, nunca los celos dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como son. Actúa, por favor, Andrés en esto, y en todo lo que nos concierne a los dos, sensatamente. A pesar de las cuerdas palabras de Preciosa, no se quedó del todo tranquilo Andrés y siguió dándole vueltas al asunto esperando que se hiciera de día para interrogar al paje. Cuando se hizo de día, fue a ver al mordido, que estaba ya sin dolor y mucho mejor de sus heridas y que le dijo a Andrés que pensaba seguir su camino. Como el gitano le preguntó su nombre y adónde iba, le contestó que se llamaba Alonso Hurtado y que se dirigía a Nuestra Señora de la Peña de Francia a cierto negocio y que, por llegar antes, caminaba de noche; que la pasada, se había perdido y por eso habían dado con él los perros del campamento. —Hermano, si yo fuera juez —le dijo Andrés— y os estuviera juzgando por algún delito, lo que me habéis dicho me obligaría a seguir con el interrogatorio. Yo no quiero saber quién sois, cómo os llamáis o adónde vais, pero os advierto que, si os conviene mentir, lo hagáis con más apariencia de verdad. Decís que vais a la Peña de Francia y la dejáis a mano derecha, a unas treinta leguas de este lugar. Decís que camináis de noche para llegar antes y vais entre montes y encinares que no tienen apenas sendas. Amigo, levantaos y aprended a mentir, y andad con Dios.

»Decidme, ¿no sois por casualidad uno entre paje y caballero que yo he visto muchas veces en la corte, que tenía fama de ser gran poeta y que había hecho poemas para una gitanilla muy hermosa que andaba los días pasados en Madrid? Si me lo decís, yo os prometo por la fe de caballero gitano de guardaros el secreto. ¿O es que os ha traído aquí el amor de Preciosa, la hermosa gitánica a quien hicisteis versos? —Es cierto que ayer la vi aquí —dijo el mordido, y se quedó Andrés medio muerto al oírle—. Anoche la vi, pero no me atreví a decirle quién soy porque no me convenía. Y sí, es verdad que soy el poeta que habéis dicho, porque no lo puedo ni quiero negar. Tal vez donde he pensado perderme, encontraré refugio para mis males si hay fidelidad en los bosques y buen acogimiento en los montes. —Sí los hay —le contestó Andrés—, y entre nosotros, los gitanos, el mayor secreto del mundo. —¡Ay, amigo! —dijo el mozo—. Quien me ha traído hasta aquí en este traje, perdido y mordido de perros, no es el amor, sino mi desgracia. Y entonces le contó su historia. Era paje en casa de un conde, medio pariente suyo, que tenía un hijo único y le trataba como amigo. Este se enamoró de una joven de buena familia, con la que se hubiera casado, pero sus padres aspiraban a casarle más altamente. La servía a escondidas y le tenía a él como confidente. Una noche, pasando los dos por la puerta de la casa de esa dama, vieron a dos hombres arrimados a ella y, cuando se dirigieron a preguntar quiénes eran, sacaron las espadas y los atacaron. Duró poco la pelea porque cayeron los otros muertos.

Se refugiaron en el monasterio de San Jerónimo, donde se enteraron de que la justicia había metido en la cárcel a la joven y a su familia, y que una criada había dicho que el hijo del conde rondaba a su señora. Al ver que no estaba en su casa ni tampoco su paje, se confirmó la sospecha de que habían sido ellos. El conde decidió que lo mejor era que se fueran, y tras estar quince días escondidos en el monasterio, su amigo se fue, acompañado de un fraile y disfrazado como él, a Aragón para pasar de allí a Italia y después a Flandes. Y él, vestido de mozo de fraile, se fue con otro a Talavera, y luego, ya solo, siguió su camino hacia Sevilla hasta perderse en aquel monte. Había dicho lo de la Peña de Francia por decir algo, aunque no sabía dónde estaba. En Sevilla iba a pedir ayuda a un amigo del conde, un caballero genovés, que solía enviar a Génova

gran cantidad de plata, y esperaba que lo acomodara en una de las dos galeras que pronto saldrían del puerto de Cartagena hacia Italia. —Y si estos señores gitanos —siguió diciendo a Andrés— quisieran llevarme con ellos hasta Sevilla, si es que van allá, se lo pagaría muy bien, porque tengo conmigo cuatrocientos escudos de oro, en esta especie de faja que llevo a la cintura. —Sí lo harán —respondió Andrés—, y si no vamos nosotros a Andalucía, os llevará otro grupo con el que nos encontraremos dentro de dos días, siempre que les deis algo de lo que lleváis.

Andrés les fue a contar a los demás gitanos lo que quería el mozo y lo bien que les iba a pagar, y todos estuvieron de acuerdo en llevarle donde fuera. A Preciosa no le hizo ninguna gracia que se quedara con ellos porque conocía bien lo celoso que era su Andrés. Pero fue la vieja la que dijo que ella no podía volver a Sevilla porque una vez le gastó una broma a un gorrón llamado Triguillos: le convenció de que se metiera en una tinaja llena de agua hasta medianoche y luego saliera de ella y se pusiera a cavar en una parte de su casa donde encontraría un tesoro. La broma se supo en toda Sevilla, y todo el mundo se burló desde entonces de él por ser tan crédulo y tan bobo. ¡Y Triguillos la estaba esperando para vengarse! Los gitanos, al saber que el mozo llevaba dinero para pagar sus servicios, decidieron entrar en La Mancha y en el reino de Murcia. Así se acercaban hacia Cartagena, donde el joven —que dijo llamarse Sancho, pero que los gitanos bautizaron como Clemente— podría embarcarse. Él les dio cien escudos de oro, y los gitanos quedaron contentos y a su servicio. Andrés, para vigilarle de cerca (no se le fueron del todo las sospechas que tenía de que Clemente pudiera andar detrás de su Preciosa), se convirtió en su amigo inseparable. Andaban siempre juntos, bailaban, saltaban, tiraban la barra mejor que ningún gitano. Las gitanas los querían, y los gitanos los respetaban. Más de mes y medio fueron de aldea en aldea hacia el reino de Murcia, y en todas partes vencían en los juegos que se hacían en las fiestas de los pueblos. La muy prudente Preciosa nunca dio ocasión alguna para que su Andrés tuviera celos, porque procuraba nunca hablar a solas con Clemente. Habían entrado ya en el reino de Murcia, estaban a tres leguas de la ciudad, cuando le sucedió a Andrés una desgracia que estuvo a punto de costarle la vida.

Y fue que, después de haber dado en aquella aldea algunos vasos de plata en fianza, como de costumbre, Preciosa y su abuela, Cristina y las otras dos gitanillas, y Clemente y Andrés, se alojaron en un mesón de una viuda rica, que tenía una hija de diecisete o dieciocho años, algo más atrevida que bella, que se llamaba Juana Carducha. Al ver bailar a los gitanos, se enamoró de Andrés con tal fuerza que decidió decírselo y casarse con él por más que pesara a toda su familia. Y así buscó un momento y lugar para decírselo, y lo encontró en el corral, adonde Andrés había ido a ver los asnos. Se le acercó y, de prisa, para que no la vieran, le dijo:

—Andrés —ya sabía su nombre—, soy la heredera de este mesón y de muchas viñas y de otros dos pares de casas, porque soy hija única. Me gustas; si quieres casarte conmigo, tú verás. Contéstame enseguida; y si eres listo, quédate y verás qué vida nos damos. El joven se quedó asombrado con lo que le había dicho la Carducha y, tan de prisa como ella le pedía, le dijo:

—Señora, yo he dado ya palabra de matrimonio, y los gitanos no nos casamos más que con gitanas. Que Dios la bendiga por el favor que me quería hacer, que no merezco. La Carducha estuvo a punto de caerse muerta por la inesperada negativa de Andrés, pero al ver que entraban en el corral otras gitanas, salió avergonzada y muy de prisa, maquinando cómo vengarse.

Andrés, como prudente, decidió poner tierra en medio y pidió a los gitanos que esa misma noche se marcharan del pueblo. Ellos, que siempre le obedecían, recuperaron las fianzas dadas y esa misma tarde se fueron. La Carducha, que vio que se iba con Andrés la mitad de su alma,

decidió lograr que se quedase a la fuerza ya que de grado no quería. Y así puso entre las pertenencias de Andrés (ella sabía bien cuáles eran) unas joyas suyas.

Apenas habían salido los gitanos del mesón cuando empezó a gritar diciendo que le habían robado sus joyas. A sus voces acudió la justicia y la gente del pueblo. Los gitanos se detuvieron, y todos juraban que no habían robado nada. La Carducha guio hábilmente a la justicia a donde quería, porque les dijo que preguntaran cuál era el equipaje de aquel gitano que bailaba tan bien, pues ella le había visto entrar en su aposento dos veces y podía ser que él fuera el ladrón. El propio Andrés, riéndose, le dijo: —Señora, este es mi asno y estas son mis cosas. Podéis mirar si ahí está lo que os falta; y si así es, pueden castigarme como ladrón. Fueron a examinarlo, y enseguida encontraron el robo. Quedó tan espantado Andrés que parecía estatua de piedra, sin voz ni movimiento. El alcalde empezó a insultar a Andrés y a todos los gitanos, llamándoles ladrones. Y su sobrino, un soldado altanero, se acercó al joven y le dijo:

—¿No veis cómo se ha quedado el gitano podrido de robar? Os apuesto que va a negar ser el ladrón aunque lo hemos cogido con el robo en las manos. ¡Este bellaco tendría que estar remando en las galeras y no bailando de pueblo en pueblo y robando por todas partes! Le voy a dar la bofetada que se merece. Y sin más ni más le dio un bofetón tremendo a Andrés, que le hizo dejar su embelesamiento y recordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y un caballero. Y atacando al soldado con gran rapidez y furia, le sacó su misma espada de la vaina y se la metió en el cuerpo. Cayó muerto en tierra. ¡Qué confusión!, ¡qué gritos!

Preciosa se desmayó, Andrés no supo qué hacer al verla sin sentido. Pero enseguida todos se echaron encima y lo apresaron y le pusieron dos gruesas cadenas. El alcalde estuvo a punto de ahorcarlo, pero no pudo porque no era de su competencia. Lo llevaron a Murcia al día siguiente. Mientras, el alcalde cogió prisioneros a todos los gitanos que pudo, aunque muchos se escaparon, y entre ellos, Clemente, que temió que, si lo cogían, descubrirían quién era. Entraron en la ciudad el alcalde y sus ministros de justicia, llevando a un montón de gitanos presos, y entre ellos Preciosa y el pobre Andrés, esposado, cargado de cadenas y sobre un mulo. Salió toda Murcia a verlos porque la gente ya se había enterado de la muerte del soldado, y todo el mundo quedó admirado de la belleza de Preciosa.

Tanto se habló de ella que le llegó la noticia a la corregidora, y por curiosidad de ver a la gitanilla, le pidió a su marido que no la metiera en la cárcel. A Andrés lo pusieron en un estrecho y oscuro calabozo, y a Preciosa y a su abuela las llevaron ante la corregidora para que las viera. Se quedó admirada la dama de la belleza de la gitanilla, se le acercó y la abrazó tiernamente, y le preguntó a su abuela cuántos años tenía aquella niña.

—Quince años —respondió la gitana—, dos meses más o menos. —Son los que ahora tendría mi Constanza —dijo la corregidora—. ¡Ay, amigas, que al ver a esta niña me he acordado de mi gran desventura! Preciosa le había cogido las manos a la corregidora y, besándoselas muchas veces, se las bañaba con sus lágrimas y le dijo:

—Señora, el gitano que está preso no tiene culpa porque le provocaron. Le llamaron ladrón, y él no lo es. Le dieron un bofetón, y él no pudo sufrirlo. ¡Por Dios, señora, que no tenga prisa el corregidor de ejecutar la justicia! Que se entere de todo y verá cómo es inocente. Su vida es la mía porque él va a ser mi esposo. Si son necesarios dineros para el proceso, lo venderemos todo para conseguirlo.

¡Señora, si sabéis qué es amor y queréis a vuestro esposo, tened lástima de mí, que amo tiernamente al que quiero que lo sea! La corregidora y la gitanilla no dejaban de mirarse mientras

hablaban, y las dos lloraban abrazadas. En eso entró el corregidor y se quedó atónito al ver la escena. Al preguntar qué pasaba, Preciosa se arrodilló a sus pies diciéndole:

—¡Señor, misericordia, misericordia! ¡Si mi esposo muere, yo moriré también! ¡Él no tiene la culpa! ¡Detengan el proceso hasta que se busquen medios para defenderle! El corregidor se conmovió también por las palabras de la bella gitanilla y estuvo a punto incluso de que sus ojos se llenaran de lágrimas. Mientras todo esto pasaba, la gitana vieja le estaba dando vueltas a muchas cosas y al final dijo:

—Espérenme un poco, señores míos; que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque a mí me cueste la vida. Y salió de la sala dejando confusos a todos con sus palabras. En el tiempo en que estuvo fuera, Preciosa no dejó de llorar ni de rogar por su pobre Andrés. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y les dijo a los corregidores que tenía que hablar con ellos a solas. El corregidor pensó que quería confesarle robos de los gitanos para que rebajara la pena a Andrés. Pero, cuando estuvieron los tres solos, la gitana se puso de rodillas ante los corregidores y les dijo:

—Si las muy buenas noticias que os voy a dar, señores, no sirven para perdonarme mi gran falta, aquí estoy para recibir el castigo. ¿Conocéis estas joyas? Y puso en sus manos el cofrecico donde estaban guardadas las joyas de Preciosa. Los corregidores miraron bien las pequeñas joyas de niño, pero no las reconocieron. La señora dijo: —Son joyitas de alguna criatura. —Así es —dijo la gitana—. Y este escrito que está en este papel doblado dice de quién son.

Lo abrió con mucha prisa el corregidor y leyó lo que decía: Se llamaba la niña doña Guiomar de Acevedo y de Meneses. Su madre, doña Guiomar de Meneses, y su padre, don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava. La robé el día de la Ascensión del Señor, a las ocho de la mañana, del año de mil quinientos noventa y cinco. Traía puestas la niña estas joyitas que en este cofre están guardadas.

Apenas oyó la corregidora lo que el papel decía, reconoció las joyitas, las besó y cayó al suelo desmayada. El corregidor acudió enseguida a cogerla en brazos; y al volver en sí, la dama preguntó a la gitana: —¿Y adónde está la niña? —¿Adónde, señora? —respondió la gitana—. En vuestra casa la tenéis. Es la bella gitánica que os ha hecho llorar; ella es vuestra hija, la que yo os robé en Madrid el día y hora que dice este papel. La corregidora, al oírlo, salió corriendo para ir a la sala adonde habían dejado a Preciosa. La gitanilla estaba todavía llorando, rodeada de las doncellas y criados de la casa. La dama se dirigió a ella, y sin decir palabra, le desabrochó el pecho y miró si tenía debajo de su teta izquierda una señal pequeña a modo de lunar blanco, con el que había nacido. Y sí lo encontró, aunque más grande porque con el tiempo se había dilatado. Luego, con las mismas prisas, la descalzó y vio en el pie derecho, de nieve y marfil, lo que estaba buscando: los dos dedos últimos estaban unidos por un poquito de carne. El pecho, los dedos, las joyas, el día del robo, la confesión de la gitana, y el sobresalto y alegría que había sentido cuando la vio, le confirmaron al alma de la corregidora que Preciosa, en efecto, era su llorada y querida hija. La abrazó llorando emocionada, y le dijo a su marido:

—Esta es nuestra hija Constanza, ¡no me queda ninguna duda! También el corregidor, conmovido, abrazó a su hija. ¡Cómo lloraron de alegría los tres! El corregidor perdonó a la vieja por el robo, porque la recompensa de haberles devuelto a su hija era muy superior a la falta. Lo único que le pesaba es que la hubiera prometido a un gitano sabiendo quién era Preciosa, ¡y además un gitano ladrón y homicida! —¡Ay, señor! —dijo Preciosa—, ¡que Andrés ni es gitano ni es ladrón! Sí mató, pero lo hizo en defensa de su honra. —¿Cómo que no es gitano, hija mía? —preguntó doña Guiomar. Entonces la gitana vieja contó toda la historia del enamorado Andrés

Caballero, les dijo que se llamaba Juan y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y el pacto que había entre los dos jóvenes de esperar dos años para casarse.

Ella guardaba como prueba de todo lo que les decía los vestidos que llevaba el caballero antes de ponerse los de gitano. Le pidieron que los fuera a buscar, y mientras lo hacía, le preguntaron a Preciosa mil cosas; y a todas contestaba con discreción e inteligencia, asombrando a sus padres con sus palabras. Les habló del amor que sentía por Andrés, aunque estaba dispuesta a aceptar lo que ellos decidieran.

Su madre, que había visto lo mucho que quería a Andrés, le dijo a su marido: —Señor, como don Juan de Cárcamo es un caballero principal y quiere tanto a nuestra hija, no estaría mal dársela por esposa. —Hoy la hemos encontrado —le dijo su marido—, ¿y ya queréis que la perdamos? Vamos a gozar de ella un tiempo, que, en cuanto se case, no será nuestra, sino de su marido. —Tenéis razón, señor —respondió ella—, pero dad orden de que saquen del calabozo a don Juan. El corregidor fue inmediatamente a la cárcel a hacerlo, pero antes puso a prueba al joven, porque quiso saber qué estaba dispuesto a hacer por Preciosa. Le dijo que ella le había pedido que le dejara casarse con él antes de matarle, y venía a cumplir su voluntad. —Pues hágalo así, señor corregidor, como ella se lo ruega. Que si yo me caso con Preciosa, iré contento a la otra vida. — ¡Mucho la debéis de querer! —dijo el corregidor. — ¡Tanto que, a poderlo decir, no fuera nada! —Esta noche enviaré por vos —dijo el corregidor—, y en mi casa os casaréis con Preciosa, y mañana al mediodía estaréis en la horca.

Por la noche, casi a las diez, sacaron a Andrés de la cárcel y lo llevaron a casa del corregidor. Llegó allí sin ser visto de nadie más que de los que le llevaban. Y cuando él creía que iba a la antesala de la muerte, se encontró con su gloria porque allí vio de nuevo a su amada Preciosa junto a los corregidores, que le llamaron por su nombre y le contaron la historia del rapto de su hija por la gitana y cómo se la había devuelto. Don Juan se quedó atónito, pero no cabía en sí de alegría. Abrazó a sus suegros, besó las manos a Preciosa, y mezcló risas a lágrimas. Se vistió don Juan su traje de camino que allí había llevado la gitana. La prisión y las cadenas de hierro se transformaron en libertad y cadenas de oro. La tristeza de los gitanos presos, en alegría, porque al día siguiente pagaron la fianza para darles la libertad. Al alcalde, tío del muerto, le dieron dos mil ducados para que quitase la querrela y perdonase a don Juan. El joven caballero buscó por todas partes a su amigo Clemente, pero fue en vano; hasta que a los cuatro días le llegó la noticia de que se había embarcado en una de las dos galeras que estaban en Cartagena y ya iba camino de Génova. Avisaron al padre de don Juan de todo, y don Francisco perdonó con gusto a su hijo, ¡llevaba tanto tiempo sin saber nada de él después de haberse enterado de que no había ido a Flandes! Y además se alegró mucho de que se casase con la hija de un caballero tan rico y noble como era don Fernando de Acevedo, y de que esta fuera nada menos que la discreta y bellísima gitanilla que había bailado en su casa. Se dio prisa para ir a Murcia y ver a sus hijos, y llegó a las bodas de Andrés y Preciosa, cuya historia cantaron todos los poetas de la ciudad. En sus versos durará la fama de la belleza de la gitanilla mientras el mundo exista. Se me olvidó decir que la enamorada Juana Carducha descubrió a la justicia que no era verdad lo del robo de Andrés el gitano y confesó su amor y culpa. No le pusieron pena alguna porque la alegría de los recién casados enterró la venganza y resucitó la clemencia.